

1

CAVILACIONES PARA EMPRENDER UN VIAJE

HABÍA CAMINADO durante tanto tiempo que ya su vida entera era andar. No se sentía capaz de recordar nada más: jornada tras jornada con una ligera mochila al hombro y muchos metros por delante para recorrer. Y se lo habían dicho, se lo habían dicho antes de que todo diera comienzo: los lindes del hormiguero son inabarcables. Todas sabían que la Tierra era casi infinita, que se extendía hasta los confines en los que se tocaba el límite, pero ella insistió: quiero ver qué se extiende más allá. Así, resuelta, tomó lo que le pareció necesario, lo metió en la mochila y se hizo a las galerías.

Quienes de esto parecían saber más, auguraron una vida colmada de desgracias. El laberinto sobre el que existía el hormiguero no había sido nunca trazado. Apenas existían mapas ni referencias. Tan sólo, algo se comentaba. Ése era el único plan disponible. Lo que se decía en torno a lo que se desconocía. Rumores, leyendas y decires.

Narraciones que albergaban más ficción que verdad. Intuiciones y deseos confundidos en la niebla de la memoria. Pero ella era demasiado terca para comprender y, llevada por el impulso que la obligaba, de manera irrefrenable, a ponerse en marcha, dijo adiós a los que hasta entonces habían constituido su familia y partió.

Pronto dejaron de ser reconocibles las galerías que atravesaba. Bueno es aquí señalar que la hormiga que, en adelante, debería ser llamada viajera, poco había salido, hasta entonces, de su entorno inmediato: varias galerías estrechas y un par de canales principales. Eso era todo. No más, en total, de veinte o treinta metros más allá del lugar en el que había venido al mundo. Pero las noticias de que la Tierra se extendía mucho más allá, de que aún no había nacido la hormiga que pudiera abarcarla en una sola vida y, sobre todo, un inconcebible deseo de libertad, de ir lejos, de, en suma, conocer, transformó a una sencilla, laboriosa y mediocre obrera en algo extraño entre las de su especie: un ser que pretendía llegar hasta el final y saber de quienes se hallaban a kilómetros y kilómetros de distancia.

No escuchó las voces que quisieron hacerla desistir. Ni una sola de ellas alcanzó su objetivo. Terca como jamás hormiga había salido de un huevo, se empeñó en llevar hasta las últimas consecuencias su plan: veré los confines de la Tierra, dijo. Más allá de millones de galerías comunicadas las unas con las otras, existe algo que podemos llamar final. Nadie sabe si es bello, si deslumbra o si engrandece a quien lo observa. Pero saber de su existencia y tratar de alcanzarlo ya supone una empresa tan espléndida que se contiene a sí misma. Eso decía la hormiga. Y, entonces, se puso en camino y pudo ser llamada, sin asomo de error o imprecisión, viajera.

Las paredes de la Tierra eran oscuras y húmedas: un verdadero hogar en el que una nunca se sentía extranjera. Los primeros años de la ruta atravesó tantos lugares y conoció a tantas hormigas que cualquiera podría considerarlas extrañas. Pero ella no, no lo hizo y supo que todas y cada una con las que se topaba eran sus hermanas o, cuanto menos, sus amigas del alma. A fin de cuentas, habitaban el mismo hormiguero y se cernía sobre ellas la misma tierra que, dicho de forma genérica, todas llamaban Tierra.

Pasó días enteros sin hallar a nadie en su camino. No fueron pocas las galerías hundidas que tuvo que excavar con sus propias manos para abrirse paso. Mas no desistió. Ni la soledad ni los caminos ciegos hicieron mella en su deseo de alcanzar los confines del hormiguero. Caminó y caminó y trabó relación con todas aquellas que conoció en las galerías. Muchas, no sin asombro, trataron de comprender el porqué de su devenir: ¿hacia dónde se dirigía una hormiga que había hecho del caminar sin descanso un objetivo en la vida? Hacia los confines, hacia el final de la Tierra, explicaba siempre ella. ¿Qué importaba todo eso?, se encogían de hombros las demás. Hubiera o no hubiera un límite a la Tierra, daba lo mismo. Todas ellas vivirían en un entorno inmediato con todas las necesidades cubiertas de antemano: el hormiguero, fuera cual fuese su extensión, era un buen lugar para vivir. No se hacía necesario conocer más de él. ¿Acaso el conocimiento proveería de alimento?

Pero todas hubieron de convenir que, al menos cuando hablaban con la hormiga viajera, existían diferentes acepciones para eso que, desde siempre, habían denominado casa: no era lo mismo sentir el hogar como una pequeña porción de la Tierra, por mucho que se empeñasen en llamar a este trozo, tomando la parte por el

todo, Tierra, que sentir que aquello que en lo que una se siente bien, bajo protección, al amparo de las inclemencias exteriores, tiene unos límites difusos que han de ser fijados.

¿Placer al reconocerlos? ¿Gozo al hallarlos? ¿Regocijo al alcanzarlos y poder decir, oh, éste es, sin duda, el extremo final de mi casa? No, desde luego, para los millones de hormigas que habitaban el hormiguero. Sí, claro está, para aquella obrera tan loca como voluntariosa que ahora se hacía a los caminos y los tomaba por su verdadero lugar en el mundo. Y, desde luego, contra todo lo previsible. Porque, ¿qué hormiga en su sano juicio haría de sus piernas una misión? ¿Perder lo que de acogedor tiene lo inmediato? ¿Para qué? ¿Con qué finalidad? Un camino, a fin de cuentas, es eso, un camino. Sí, cierto es que también une estancias y crea entornos, pero no supone más que eso. Las hormigas nada tenían que ver con identificaciones que fueran más allá. Su cosmogonía era simple y efectiva: existe lo que se ve y existe porque se ve. Ya está. Eso es todo. Es tan improcente como innecesario hacerse más preguntas. La vida puede ser igual de bella contemplada desde una monotonía gris y anodina que desde la más excitante de las rutas. Al contrario, si esto se le fuera preguntando a la mayoría de ellas, todas responderían al unísono que nada merece la pena y que cumplir las tareas encomendadas desde el alba hasta la noche es todo lo que una necesita para saberse feliz. Porque de eso se trata, ¿no? ¿No es la felicidad un estado de suma tranquilidad en el que los acontecimientos se suceden sin sorpresas? Una reina había decidido poner aquí sus huevos. La tarea de las demás era hacer buena esa decisión y llevarla adelante con todas sus consecuencias.

Las galerías del hormiguero eran idénticas aquí y en cualquier lugar del mismo. A veces cambiaba el color,

quizás ni el color, simplemente el tono, de las paredes: de un marrón oscuro y rojizo se iban ablandando hasta adquirir tonalidades mucho más suaves y sugerentes. Pero sólo eso. Nada más que eso. El trazado se aparecía siempre idéntico, sinuoso y coherente en el cerebro de una hormiga, los sentidos siempre eran dos y las direcciones tantas como una quisiera recorrer. ¿Para qué recorrer lo que, de una forma u otra, se conocía de antemano? Si nada extraordinario lo remediaba, y nada extraordinario, a buen seguro, lo remediaría, aquello que la obrera insatisfecha contemplaría con sus ojos en nada discerniría de lo que ya habían contemplado antes. Razón de más para quedarse tranquila en su entorno inmediato. Una hormiga es una hormiga y un hormiguero, un hogar. ¿Tanto cuesta comprenderlo? Pues ella se empeñaba en no hacerlo y así reunía sus escasas pertenencias en la mochila el día anterior a la partida.

Nadie prohibía en la colonia lo que la hormiga viajera pretendía. Las leyes eran escasas y se transmitían de generación en generación: honrar y alimentar a la reina y tener al hormiguero por única casa que siempre protege. ¿Es tan difícil recordar esto? No, luego las escrituras y los mandamientos quedaban descartados. El incumplimiento de tan simples mandatos no precisaba de castigos pues nadie se planteaba romper las leyes elementales. ¿Hubiera sido sensato hacerlo? ¿Alguien en su sano juicio destruye el lugar que lo cobija desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte? No, y por ello, las prohibiciones no existían y no existía el castigo. Por ello, de igual manera, a la hormiga viajera se le permitió emprender viaje: nada había que se lo impidiese. Eso sí, la sensación entre sus iguales de que algo estaba fallando en el interior de la obrera, no podía ser proscrita. Así se lo dijeron y con igual frescura ella lo ignoró.

Nada me ocurre ni estoy enferma, dijo. Soy una hormiga sana que tan sólo quiere ver mundo. Nuestra Tierra es inmensa. ¿Por qué no voy a conocerla en toda su extensión? ¿Por qué sí?, le respondían las demás, obtusas en su pensamiento. ¿Por qué no?, insistía ella. Y así hasta que llegaba la hora de recogerse y dormir hasta el día siguiente.

La mañana en la que partió nadie salió a recolectar. Hacía frío y una tormenta descargaba en el exterior, así que todas quedaron exentas de sus labores y se dispusieron a pasar la jornada en quehaceres internos: limpiar, ordenar, excavar, sestear. Un típico día de tormenta en el hormiguero. Por ello, cuando la hormiga se echó la mochila a la espalda y se volvió para despedirse de las que, desde el día de su venida al mundo, habían sido familia y compañeras, un numeroso corrillo se apretó junto a ella para mirarla por última vez. ¡Quién era capaz de pensar que de un viaje de aquellas características se podía regresar algún día! No, la hormiga viajera, si es que hacía buenas sus palabras y caminaba hasta los lindes de la Tierra, jamás tendría tiempo para regresar. Y no se trataba de que las maravillas que hallara en su camino la ensimismasen de tal forma que no considerase necesario volver al punto de partida, no, sino que, simplemente, no existía tiempo material en la vida de una hormiga para tanto ir y venir. Daría final a sus días muy lejos de allí, en aquel lugar que ella llamaba hogar pero que las demás no tenían demasiado claro cómo denominar.

De cualquier manera y siguiendo su razonamiento, siempre estaría en casa. ¿Para qué volver entonces? ¿Para ver de nuevo a las suyas? ¿Es que, acaso, no eran miembros de una estirpe idéntica e hijas de la misma reina? Habría de sentirse contenta, pues, entre aquellas que hallase en su camino: hermanas y hermanas prácticamen-

te idénticas diseminadas por kilómetros y kilómetros de hormiguero. Una gran familia que siempre tendría un hueco para una más con tal que fuera hormiga como ellas.

Porque si en algo se distinguían las hormigas, era en definir con amplitud asombrosa la idea de clan. Todas formaban parte de él y bastaba olerse durante un instante para caer en la cuenta. Nacer aquí o allá, provenir de tal o cual nido o surgir de galerías lejanas y en desuso se alzaban como cuestiones siempre secundarias. Una hormiga era una hormiga y eso bastaba para definir las como tales. Componían el hormiguero porque estaban dentro de él y no fuera. Sí, es obvio, pero importante para comprender la simpleza de estos razonamientos: nadie era extraño en cualquier lugar del hormiguero por muy distante que éste estuviera del punto inicial. Porque, y ahí reside todo, nada es inicio ni límite.

La hormiga viajera no quería darse por vencida tan pronto ante la tesis conocida y quiso averiguarlo por sí misma. De acuerdo, no existía ley que lo impidiese. Y no existía porque jamás nadie había previsto que alguna de las suyas tuviera el sentido tan desquiciado como para plantárselo. De modo que cuando el corrillo se reunió en torno a la hormiga viajera justo antes de que ésta hiciera honor a su nombre y emprendiese la ruta hacia lo desconocido, todas se limitaron a desearle buena suerte. Buena suerte, dijeron mientras alzaban una mano en señal de despedida. Y muchas, sinceramente, se sintieron sorprendidas ante tal afirmación pues la suerte no era, en términos generales, uno de los parámetros habituales por los que su existencia se regía. Trabajo, recolección y cuidado de las crías. Eso era todo para ellas y la suerte nada tenía que ver con el esfuerzo diario y la satisfacción del trabajo bien hecho.

En fin, buena suerte de todos modos, dijeron intu-
yendo, al hacerlo, que factores ajenos a su rutina habían
de aparecer, necesariamente, en un devenir tan poco pre-
visible. Suerte, sea lo que sea. Allá va quien hace de la
aleatoriedad un modo de vida. Allá va quien dice adiós a la
manifiesta normalidad que gobierna el hormiguero.
Porque, y eso todas lo tenían bien claro, decir hormiguero
significaba atender a razones y parámetros que iban más
lejos de la simple explicitación geográfica: un hoyo en el
suelo con cierto número de ramificaciones abiertas y una
población estable que se renueva constantemente. No,
decir hormiguero significaba creer en un sistema vital
basado en la permanencia y en la constante y firme con-
fianza en las leyes elementales. Aquello que suponga ir
más allá de ellas y atender a deseos que no consistan en
alimentar a la reina y sentir al hormiguero como único
cielo sobre las cabezas, es simple y llana traición a la estir-
pe. Pero nada de eso rondaba por la cabeza de la hormiga
viajera, de modo que nada podía reprochársele. Ella no
sólo sentía el máximo respeto por la reina, su madre, sino
que la idolatraba y se enorgullecía de poder ser llamada
hija suya. En cuanto a lo de reconocer al hormiguero como
casa, había que concluir que sus aspiraciones, por muy
descabelladas que éstas fuesen, no hacían sino aumentar
y glorificar la idea que todas en la colonia tenían de él: una
casa grandiosa que protege siempre y en todo lugar.

Dicho lo cual, la hormiga viajera miró por última
vez hacia atrás y, con paso firme y decidido, se adentró en
una de las galerías principales hacia su objetivo preciso:
hallar los lindes del hormiguero. Sintió un leve cosquilleo
en la espalda que interpretó como el roce en su piel de las
miradas que la perseguían. Miradas que mezclaban el
asombro y la pena, el sentimiento de dolor por una vida
desaprovechada en la persecución de absurdas pretensio-

nes y la convicción de saber errada su misión. Pero ella se mantuvo firme, aguantó el cosquilleo y no volvió la vista. No podía hacerlo. Bien es cierto que sus convicciones eran firmes y no deseaba desdecirse ni por un solo momento, pero, aunque hubiese sentido necesidad de hacerlo, no habría osado dar el paso: la vergüenza ante la indecisión la marcaría durante el resto de su vida. Mejor así, pensó. Los ridículos atavismos de nuestra especie encuentran alguna vez sentido en las presiones que ejercen sobre nosotras, y más aún cuando estas presiones no son las específicas para las que han sido concebidas.

La galería estaba muy transitada y durante un buen rato caminó a buen paso reconociendo casi todas las caras que se cruzaban en su camino. Nadie recolectaba hoy, pero la actividad bullía en todos los rincones del hormiguero. En esta vía se permitía transitar en ambos sentidos, así que siempre había alguien de frente a quien saludar. La hormiga viajera no pudo evitar leer cierta sorna en cada una de las miradas que se posaban en ella. Ahí va ésa que se dispone a conocer mundo, parecían decir. Mírala, no sabe dónde se mete. Ésa es la que cree que puede hallar el linde del hormiguero y ser feliz al mismo tiempo.

Pero la hormiga viajera no iba a permitir que el desaliento la abordara en las miradas ajenas. ¿Que el resto creía que no podía existir la fortuna en el conocimiento? ¿Que el ansia por dar un sentido definitivo a la libertad les resultaba incomprensible? Allá ellas, qué más le daba. Por eso les sostuvo la mirada sin volver los ojos y, al mismo tiempo, sin discordia: lo aceptaba todo pero, de igual forma, todo le importaba bien poco. Es cuestión de tener los objetivos bien claros, se dijo. Eso, y nada más importará. Tentada estuvo de revolverse y dar rienda suelta a la ira pero, por suerte, supo mantener la mente fría y las piernas en marcha. ¿Iba a servir de algo gritar a los cuatro

vientos que ella tenía razón, que las equivocadas eran las demás, que todas, en un instante u otro de su vida, debían mirar más allá de sus inmediataces y romper los lazos que las unían a la más horrible de las cotidianeidades para poder, así, sentir plenas sus existencias? No, no iba a servir de nada. Ni una sola de todas las hormigas que habitaban la Tierra pensaba en su misma dirección. ¿Para qué luchar contra eso? Mejor era hacer oídos sordos y avanzar manteniendo íntimas las convicciones que le llevaban a obrar como lo hacía.

Había resuelto detenerse de vez en cuando e integrarse en los planes de la parte de la colonia que se encontrara en ese momento. No se lo habían solicitado, pero se trataba de una resolución interna de la que no pensaba renegar: era una obrera, un miembro activo de la comunidad educada desde pequeña en el trabajo como virtud suprema que redundaba en el beneficio de la colectividad. Así lo entendía y estaba, además, orgullosa de pensar como lo hacía. Por eso odiaba sentirse un parásito que adquiría de los recursos comunes sin dar nada a cambio. Así que, una vez por semana más o menos, se detendría y colaboraría en las tareas de recolección. Respirar un poco de aire fresco no hace daño a nadie, se dijo. No soy un parásito, pensó, no, no lo soy. Debo participar.

Nadie le habría recriminado nunca no hacerlo. Si hubiera decidido brincar por esos caminos oscuros durante el resto de sus días tomando cuantos alimentos hubiera precisado a su paso, nadie le habría dicho nada. Ella, a pesar de todo, era parte de la colonia y todas allí así lo entendían. Aunque pudiera no parecerlo, el régimen altamente disciplinario de las hormigas se basaba únicamente en lazos sociales establecidos de forma tan voluntaria como implícita: cada miembro de la comunidad hacía lo que se suponía que debía hacer no porque nadie se lo

hubiera ordenado, sino porque surgía de su propio deseo interior. Este sistema, que llevaba funcionando desde tiempos inmemoriales sin apenas fisuras, no reparaba en los disidentes. Simplemente los ignoraba. Eran tan pocos y su fuerza tan insignificante, que no merecía la pena desarrollar otros atavismos que castigaran la disidencia. Resultaba mucho más económico asumirla como parte propia del funcionamiento de la colonia y no darle mayor importancia. Una hormiga más comiendo suponía que una hormiga más había de comer. Sólo eso. En una comunidad integrada por millones de individuos, el hecho de tener que localizar, señalar, reprender y modificar los comportamientos ajenos al orden establecido resultaba demasiado pesado.

Además, ni siquiera se podía llegar a denominar cisma a lo que la hormiga viajera había dado paso. En el peor de los casos, bordeaba la normalidad presente en la colonia, pero poco más. En ella funcionaba también el sentimiento de pertenencia al grupo y buena prueba de ello era el hecho de que, aun a riesgo de demorar notablemente su viaje, estaba dispuesta a realizar tareas que compensaran, al menos, la provisión de alimento. ¿Suponía eso escisión? No, cuanto mucho necesidad de ampliar horizontes, pero jamás afán de situarse al otro lado de la comunidad. Al contrario. Bastaba analizar despacio su acción para darse cuenta de ello: ¿qué había tras la pretensión final de hallar el linde de la Tierra? Nada que no fuera conocer más a fondo la naturaleza del hormiguero y de todas y cada una de las que lo habitaban. ¿Podía, en consecuencia, existir una prueba de amor más incondicional hacia sus congéneres?

Ella pertenecía, con todas las consecuencias y en cualquier lugar y situación, al clan. Tan sólo divergía de las demás en esa acepción que para clan las demás tenían.

¿Por qué limitarse a la estrechez de cuatro galerías sabiendo que existen cientos más allá? No podía entenderlo, no encajaba en su esquema mental y únicamente quería ponerle solución. No se trataba de nada que nadie no pudiera comprender si se ponía a pensar un rato en ello. Porque la hormiga viajera, si bien mediocre y tan obrera como el resto, siempre había mostrado, desde su salida del huevo, cierta tendencia a la elucubración propia, algo que era, por supuesto, no sólo extraño, sino, además, mal visto en el seno de la comunidad. ¿Se hacía necesario pensar? ¿Qué ocurriría si todas tuviesen la misma ocurrencia? ¿Millones de hormigas pensando en quién sabe qué? De modo que, aunque mediocre y obrera como la que más, un atisbo de anormalidad la había rondado desde pequeña. Ella tendía a pensar por cuenta propia y, peor aún, a plantearse cuestiones que, dada su condición, jamás podría resolver sin tratar de ir más allá.

Ahora ponía final a tanto deseo inconcluso, a tanta deliberación vana. Las piernas en la galería hallarían la solución a las incógnitas planteadas. ¿Qué éramos en realidad? ¿Hasta dónde se extendía eso que llamábamos Tierra? ¿Era el hormiguero infinito? ¿Existían áreas del mismo en las que las cosas sucedían de otro modo o, como siempre se había venido afirmando, la uniformidad reinaba en la colonia fuera cual fuese la dimensión de ésta? Y, sobre todo, la gran pregunta: ¿existía un límite preciso en el que pudiéramos decir aquí está el final y nada existe más allá?

Por todo ello, no hubo melancolía en la mirada última a sus iguales. Se despidió sin darle mayor importancia, sin querer darle mayor importancia, ajustó las correas de la mochila a su espalda y comenzó a caminar con la cabeza bien alta. Y no se permitió que fuese de otra forma. ¿Melancolía? ¿Por qué? En realidad, no estaba

abandonando a nada ni a nadie. Si las tesis que había escuchado desde pequeña eran ciertas, no hacía sino trasladarse por un lugar que siempre sería su casa. ¿Por qué sentir pena si no existe abandono? Eso es lo último que dijo en voz alta: os quiero a todas y sé que os reconoceré en aquellas que vaya hallando en mi camino.

Pero las miradas de las que se cruzaba en su camino hablaban en otro sentido. Ahí va esa estúpida que no sabe que los lindes de la Tierra son inabarcables. Ahí va esa tonta que desconoce lo más elemental. Quién se cree que es, ésa que camina con tanta soltura y piensa que el mundo tiene un límite preciso y que, además, ella lo va a alcanzar. Ésa, ésa es la que pretende luchar contra nuestra propia naturaleza, ésa, la que camina en sentido contrario y sola, sola en su marcha, sin columna que la ampare ni señales que la orienten. ¿Cuál es su destino? No tiene destino, está perdida, irremisiblemente perdida.

Se lo habían advertido: con tu precipitación e inconsciencia, sólo conseguirás que tu vida se colme de desgracias. Para bien o para mal, eres una hormiga y eso debería bastarte. ¿No disponemos de unas leyes fundamentales que constituyen nuestra filosofía vital? ¿No estás, con tus intenciones, agraviando a nuestra reina? Resuelta, decidió ir a preguntárselo. Solicitó una cita y le fue asignado un día y, dentro del día, una hora concreta. Allí estuvo, puntual y aseada, y la reina, como era su deber, le recibió con cordialidad. Pero nada había en su estructura de pensamiento que reconociera la disidencia. Las hormigas somos hormigas, dijo por toda respuesta a sus dudas. Y en este escueto pensamiento resumió millones de años de presencia en el mundo. Las hormigas eran hormigas y, a fin de cuentas, a quien fuera hormiga y no otra cosa le debería bastar para reconocerse en su estirpe.

Era suficiente con despreciar la disidencia para conseguir que ésta no existiera. Si la hormiga viajera hubiera resuelto tornarse violenta y destruir todo lo que a su paso encontrara, el resto de la colonia lo habría reconocido como un comportamiento perfectamente asumible. Eran demasiado grandes en su conjunto, tan grandes como ínfimas en sus individualidades, que los resquemores y, mucho menos, las venganzas, quedaban fuera de lugar. Se limitarían a reconstruir lo perdido y a no volver la vista atrás. En pocos días no quedaría ni el recuerdo en torno a lo sucedido y la disidencia se disiparía en el tiempo con tanta efectividad como ingravidez. Así había sido siempre y así lo seguiría siendo durante milenios. ¿Por qué cambiar ahora y decidir que lo que a una diminuta hormiga obrera se le pasaba por la mente tenía que ser, no ya importante, sino elementalmente relevante para la vida en el hormiguero? Que todo sucediera como siempre había sucedido, que la hormiga caminase hasta la extenuación si así lo había decidido, que tuviera tantas ideas propias como quisiera pues, en resumen, las hormigas eran hormigas y la multitud absorbería cualquier comportamiento díscolo.

Tras la consulta a la reina, las voces que intentaban disuadirla se acallaron. Nadie iba a situarse en contra de la sabiduría suprema de la reina. Si ella había decidido no oponerse a nada y permitir que todo fluyera dentro del hormiguero, nadie tenía nada que objetar. De modo que observaron cómo la hormiga se echaba la mochila al hombro, ajustaba las correas y comenzaba a dar pasos hacia lo desconocido. A pesar de todo, hubo quien condenó, por última vez, los rumores que circulaban por el hormiguero, aquellos que las obreras jóvenes hacían correr de boca en boca y que, con el paso del tiempo, adquirían pátina de verdad inmutable. Esos mismos rumores que habían lle-

gado a oídos de la obrera y que, en conjunción con sus absurdas inquietudes, habían resuelto la partida.

La Tierra se extiende mucho más allá y, probablemente, dispone de confines. Eso decían los rumores. Eso y el deseo de libertad, de ver mundo, de saberse diferente al resto, de pensar, en definitiva, por cuenta propia, hicieron el resto. Pero los rumores no dejan de ser, por mucho crédito que una pueda poner en ellos, eso mismo, rumores. Incertidumbres y vericuetos verbales que se alejan de lo sabido: hormiguero es aquello que puedes caminar con tus propios pies en una jornada de trabajo. Hormiguero es levantarte por la mañana y salir a recolectar, visitar a los enfermos y cuidar de los huevos. Hormiguero es concebir a las hormigas como simples hormigas y sentirse satisfecho de ello. No mirar más allá, no pretender nada, no juzgar ni albergar ideas descabelladas. Rumor es echarse a perder, creer en lo inconcebible, soñar con lo absurdo y sentir más allá de lo que cualquiera de esta raza puede apuntar.

Y a pesar de todo, la reina lo toleraba. Sabía que los rumores suponían una forma, quizás inofensiva, de disidencia. Pero disidencia a fin de cuentas. Y sabía, de igual forma, con esa sabiduría implícita y ancestral que había venido transmitiéndose a través de infinitas generaciones de hormigas reinas, que nada importaba si la colonia permanecía sana: cualquier comportamiento ajeno a la más ortodoxa de las normalidades sería asimilado de inmediato y, en poco tiempo, no quedaría resto ni recuerdo de su existencia. Por eso lo toleraba, porque, bien pensado, no suponía peligro alguno. Era la ventaja de saber que las hormigas, se piense como se piense, acaban siendo hormigas y, más importante aún, comportándose siempre y en todo momento como hormigas.

Después de un buen rato caminando por una de las galerías principales, notó que la vía se estrechaba poco a poco. Sí, nada es idéntico a sí mismo para siempre, pensó la hormiga viajera y lo interpretó como un buen presagio. ¿Veis?, se dijo a sí misma, ¿veis cómo no siempre todo es previsible e igual a lo conocido? ¿Notáis que existe la diferencia? Y tomó al camino apenas transitado en el que se había transformado la gran vía principal como lo que daba sentido a su empresa. Aquellas que no hacía ni dos horas la habían observado con ojos reprobadores deberían estar aquí para contemplar el estrechamiento de la galería. En unas ocasiones las cosas son de una forma y en otras, de otra bien distinta, pensó. Si eso ocurría en el propio mundo de las hormigas, ¿por qué no había de afectar también a las mismas hormigas? Sintió que algunos de los preceptos sabidos se tornaban en tópicos irreflexivos y se alegró de no ser ella una más entre las que aceptaban lo conocido como irrefutable. ¿Acaso no se estrechaban los caminos? ¿Acaso la galería por la que caminaba no disponía de un final abierto a diferentes posibilidades?

Porque, y eso era cierto, no existían mapas trazados sobre el hormiguero. El hormiguero se limitaba a extenderse y todas debían referirse a este hecho como Tierra. Sin más cuestionamientos ni nada por el estilo. Tierra es ese lugar que habitamos y que podemos llamar casa. El sitio que nos acoge y en el que nos sentimos seguras y protegidas. ¿Para qué es necesario trazarlo sobre un papel y saber de él más de lo estrictamente necesario? ¿Acaso un mapa nos alimentaría en el invierno? ¿Acaso las nuevas generaciones serían más felices conociendo la extensión exacta de nuestros dominios? La hormiga viajera no era de esa opinión. Sí, bien es cierto que tampoco tenía demasiado claro el tipo de felicidad al que accedería una vez alcanzadas sus aspiraciones, una vez trazado el

primer esbozo del plano del hormiguero, pero sí sabía que nada sería igual desde entonces. Podría, y eso le agradaba, modificar, cuanto menos un poco, la esencia de la colonia: desde el momento en el que ella finalizase su expedición hacia los lindes del Tierra, todas dispondrían de datos y medidas fiables que las situasen con mayor exactitud en el mundo. Y eso, se mire como se mire, siempre resulta reconfortante.

2

CAVILACIONES PARA RODEAR UNA PIEDRA

DOS SEMANAS después de la partida, la hormiga viajera ya se sentía curtida en su afán. Había atravesado infinidad de galerías y hacía mucho tiempo que era incapaz de reconocer nada: ni un solo rostro, ni una sola estancia, ni un solo camino. Se hallaba en la ruta, en la dirección incierta hacia su destino, en la búsqueda del conocimiento y la sabiduría. Trazaba, paso a paso, galería a galería, el mapa del hormiguero.

La actividad lejos del lugar en el que había nacido no le resultaba desconocida: columnas de congéneres idénticas a ella ocupaban las jornadas en aquello que cualquier obrera sabía tan bien hacer: salir al exterior y recolectar lo que después habría de almacenarse para el invierno. No era un mal plan. En realidad, era el único plan. Y, haciendo bueno su deseo de no parasitar a la comunidad, decidió que había llegado la hora de realizar algo por el resto. Siempre con su mochila al hombro, se

unió a una columna de recolectoras que se dirigía hacia el exterior. Caminaron por una amplia galería, en parejas, sin apenas dirigirse la palabra, con el semblante adusto y el paso firme. Pronto la luz del sol le cegó. Un pequeño trecho hacia arriba, casi en sentido vertical, y estaban fuera. Después de tanto tiempo en la tranquila penumbra de las galerías, había salido al exterior y el aire fresco la animó. No es que a una hormiga le preocupase demasiado la calidad de lo que respiraba, pero se hacía agradable sentir, al menos de vez en cuando, la pureza del aire en los pulmones. Sintió que era una más, que estaba siendo útil, que, en definitiva, era una hormiga y se comportaba como siempre se había esperado de ella.

Todas se dirigieron al lugar de la recolección. Un gran árbol estaba siendo presa de la voracidad de la colonia. Columnas de hormigas que antes que ella habían salido al exterior, se afanaban ya en deshojarlo con presteza. Subían, sin titubeos, por el tronco y se distribuían por las ramas de forma absolutamente estructurada. El árbol estaba siendo expoliado con exquisita precisión y respeto medido: el verano que viene regresarían con idénticas intenciones. La hormiga viajera se puso a trabajar sin descanso. Al poco, comenzó a sudar. El día era muy caluroso y la mochila sobre su espalda no hacía sino intensificar el sofoco. No transcurrió demasiado tiempo hasta que consideró oportuno hacer un pequeño alto en la tarea. Se detuvo, se alzó sobre sus patas traseras y respiró hondamente. El día era maravilloso. Lucía el sol en lo alto del firmamento y un riacho cercano traía melodías y arrullos abiertos a matices increíbles. Se estaba bien allí.

Ninguna entre las que se hallaban junto a ella la imitó. Todas, una tras otra, continuaron bregando en lo suyo: desprender hojas, seccionarlas en trozos menores, ordenar los portes y emprender camino de regreso a la

boca del hormiguero. A ellas no les interesaba la belleza que les rodeaba. Preferían no entretenerse más de lo rigurosamente necesario y acabar el trabajo pronto para poder dar inicio al siguiente: aquel lugar estaba repleto de árboles con hojas tiernas que tenían que ser recolectadas para colmar las aún incompletas fresqueras del hormiguero. El invierno se estaba acercando y pronto no podrían salir a recolectar. Entonces, deberían sobrevivir con lo que en el estío se había cosechado. ¿Y si no era suficiente? ¿Y si las crías pasaban hambre? No, eso no se podía consentir, así que se hacía oportuno trabajar hasta el agotamiento. Un trozo de hoja más era un trozo de hoja más: una docena de hormigas alimentándose durante toda una larga jornada de frío invierno.

La hormiga viajera notó las miradas críticas. Nada le fue dicho y ninguna la observó durante demasiado tiempo sin volver, pronto, la vista hacia su propio trabajo, pero entendió de qué se trataba. El arroyo no suponía parte del hormiguero y, en consecuencia, era obviado siempre y en cada momento. Nada ajeno a su propia estructura de supervivencia tenía importancia. La música del agua deslizándose entre los cantos rodados pertenecía a un mundo extranjero. Ellas estaban allí para extraer lo que de hormiguero existía más allá de la última de las galerías. Lo que recolectaban era tan parte de la colonia como la propia hormiga reina. Simplemente se situaba un poco más allá y existía la necesidad de ir a por ello. Pero no importaba: el camino de ida y el camino de regreso también eran hormiguero; los miles de mojones químicos prendidos cada escasos centímetros para señalar las vías adecuadas también eran hormiguero; el esfuerzo, en suma, también era hormiguero.

Pero, ¿y el canto de los pájaros? ¿Y la brisa suave y refrescante? ¿Y el murmullo de las aguas lentas y tranqui-

las? Nada de eso, a la luz de las que lo constituían, era hormiguero. De ahí las miradas acusadoras, fugaces aunque firmes, que le habían dedicado las que junto a ella recolectaban. A fin de cuentas, no había perdido demasiado tiempo. Se había puesto en pie, había secado el sudor de su frente y escuchó los sonidos de la naturaleza durante unos instantes. Después, volvió al trabajo. Se arrodilló, abrió la boca y comenzó a tajar las hojas. Creyó escuchar a alguien comentando algo en voz baja, pero quizás se tratase, tan sólo, de una figuración suya. El habla, mientras se trabajaba, no era hormiguero.

A pesar de la franqueza de su planteamiento y la rotundidad de sus objetivos, de saber que no se estaba dejando llevar por el mal camino y que lo que las demás pudieran pensar no siempre estaría del lado de la razón, los remordimientos le acechaban. Ella era una buena hormiga, respetuosa y amable con su clan, pero disponía de pensamientos propios, algo que, digámoslo como lo digamos, no estaba demasiado bien visto. Volver a la rutina de la recolección, a sentir el agotamiento físico después de una dura jornada de trabajo, le ayudó a ahuyentar la mala conciencia y a dispersar los, a veces, en exceso insistentes remordimientos. Ella era una más, con aspiraciones propias, pero una más. Aceptaba la comida que le iba siendo ofrecida en su devenir, pero quería contribuir a su reposición. No, ella no era un parásito de la colonia. Es posible que no fuese el miembro perfecto del hormiguero, pero jamás abusaría de los recursos sin proporcionar nada a cambio.

El clan tenía un sistema de repartición de la riqueza muy sabio: cada miembro podía disponer de todo lo que precisase. Basta con acercarse a un almacén y tomarlo. Quien a su cargo se hallaba, se limitaba a anotar la baja de la existencia. Nada más. Sin preguntas adicionales. A

cambio, cada hormiga se obligaba a no tomar nada que no fuera estrictamente necesario. De eso se trataba, de que cada una se comportara como debía. Y así sucedía. Ya se lo había dicho la reina a la hormiga viajera: las hormigas son hormigas. ¿Por qué iba a esperarse, pues, cualquier comportamiento deshonesto? Quedaba absolutamente descartado porque no se concebía que existiera una sola hormiga que careciera de un compromiso racial e inmutable con la comunidad. Las hormigas eran hormigas y, además, todo lo que eso comportaba.

Ésta era la razón por la que las desazones le asaltaban de cuando en cuando. La racionalización de los pensamientos ayudaba, pero no era suficiente para ahuyentar lo que estaba impreso en su más hondo interior desde el mismo día en el que había nacido. No se puede ser hormiga y olvidarlo, habría dicho la reina del hormiguero si se hubiese dignado a seguir hablando. Por ello, salir al exterior y recolectar hojas desprendidas de un árbol ayudaba mucho a sentirse bien consigo misma.

Ocupó una jornada entera en la labor. Realizó varios viajes desde el exterior hasta el almacén con un pesado trozo de hoja sobre la espalda. En dos o tres ocasiones más, volvió a detenerse para descansar. Escuchó las armonías del entorno, se enjuagó el sudor y retornó a la tarea. Las miradas de reprobación proliferaron de inmediato. Pero ella prefirió ignorarlas y ensimismarse en sus pensamientos. Qué bello era todo, incluso todo aquello que llamaban extranjero. ¿Por qué un halo de bruma se alzaba frente a los ojos cuando se miraba en direcciones ajenas? ¿Acaso no merecía la pena observar lo que de esplendoroso había más allá? Se trataba de eso y de nada más: abrir los ojos, desprender la niebla y contemplar lo maravilloso que es el mundo. Incluso, el extranjero.

Pero no estaba en el ánimo de las hormigas entretenerse en nada que no fuera lo cabal. Nadie se hacía preguntas, nadie opinaba sobre la hermosura de la mañana, sobre el encanto del mediodía o en torno a la reciedumbre de un atardecer caído sin prisa. Nada de eso era hormiguero, de modo que, ¿por qué perder un solo instante en su admiración? No existía nada más reconfortante que regresar a casa después de una dura jornada de trabajo, arrebujarse entre las suyas, tomar un bocado y dormir de un tirón hasta el día siguiente. Porque, en realidad, de ese proceder se desprendía una complacencia mayor: saberse parte disgregada en el todo, sentir cómo la comunidad se alzaba en unidad elemental que todo lo prevenía, conocer que, en suma, un orden perfecto planea sobre las hormigas incluso cuando éstas duermen sosegadas. Una percepción absolutamente conciliadora. La hormiga viajera también fue partícipe de todo esto. Se sentía dichosa y justo sería señalar que tentada estuvo de abandonarlo todo y reintegrarse en la tranquilizadora normalidad. Pero no, sus preceptos y sus inquietudes volvían a surgir desde dentro y la obligaban a ser coherente: había llegado hasta allí por una razón y debía continuar hasta el final. Encontraría el límite del hormiguero o desistiría, pero no ahora. No ahora. Aún le quedaba mucho camino por recorrer.

Aquella noche cenó satisfecha. Se dirigió al almacén y colmó su mochila con todo lo que pudo. Se sentía, por primera vez, legitimada para hacerlo. No estaba tomando lo que no le pertenecía. Era su parte de la reserva por derecho propio. Eso estaba bien. Todo estaba bien. Durmió en paz.

Con los primeros sonidos de la mañana siguiente, despertó y retomó la ruta. Se hizo al camino por galerías secundarias evitando, de este modo, las aglomeraciones

en las vías principales. No le gustaba caminar en multitud y, menos, sentirse un estorbo. Lo suyo era trazar un mapa mientras buscaba los confines del hormiguero, y ello, sabido está, no tenía nada que ver con lo que las demás consideraban prioritario. Mejor hacerlo, pues, sin molestar demasiado. Había descubierto que las galerías secundarias, si bien más sinuosas y divagantes y, en ocasiones, mal conservadas y con las paredes comenzando a venirse abajo, ofrecían una tranquilidad que de ninguna otra forma habría podido disfrutar. Podía caminar durante horas por ellas y no cruzarse con nadie en su camino. Al principio, esto le causó cierta desazón. Jamás había estado sola hasta entonces. Las hormigas eran gregarias en todas sus acciones y nunca nadie emprendía acciones individuales. Todo se hacía en grupo y cada acción era adjudicada a la multitud. Eso de ir sola por la vida era asunto de reinas o de obreras con ínfulas mal digeridas. Por todo ello, caminar en soledad le desasosegaba y tuvo que hacerse fuerte para no perder la ilusión.

Una galería oscura, perdida y sin tránsito era lo más cercano que una hormiga habría entendido a la pesadumbre. Si la complacencia y la realización plenas residían en el trabajo en grupo y para el grupo, ¿qué sentimiento podía derivarse de la exploración solitaria? La dilución de cualquier atisbo de individualidad en el seno de la colonia propagaba, al tiempo que la serenidad, el desconsuelo. Una hormiga solitaria era tan extravagante que dudó, por un instante, si podía continuar llamándose a sí misma hormiga. ¿Qué era? ¿En qué animal debía reconocerse? ¿Estaba desplazándose a eso que todas llamaban extranjero? Su comportamiento y la meditación de todos estos pensamientos no la llevaban a nada positivo. Cada vez más se sentía extraña, ajena a todo lo que le había sido inculcado.

La actividad del día anterior le había recordado aquello que con insistencia se le había repetido desde que no era más que una cría minúscula: eres una hormiga. Con, por supuesto, todo lo que eso significa: nada de andorrear por ahí tú sola. La columna se erigía en la unidad elemental para el desplazamiento de las hormigas. Bien mirado, así había sido desde siempre. Trató de recordar una vez, tan sólo una vez, en la que fuera sin compañía a algún lugar. No tardó en hallar la respuesta. Apenas tuvo que pensar antes de decidir que ésta, ésta y no otra, era, de manera tajante y significativa, la primera vez en la que se encontraba verdaderamente sola. Sí, de acuerdo, lo había estado otras veces en el transcurso de las dos semanas anteriores, pero ahora había tomado conciencia plena de ello. Eso, de forma implacable, suponía una diferencia que no sabía si podía, si estaba dispuesta, a salvar.

Y entonces, sólo entonces, llegaron los accesos de melancolía, precisamente las mismas acometidas de las que, con firmeza, se había mantenido separada en el momento de la partida. Aparecieron cuando se detenía en medio de aquella nada a tomar un bocado, cuando se echaba a dormir en un rincón, cuando dudaba sobre qué camino seguir en una bifurcación. Escuchaba y por mucho que agudizara el oído, nada llegaba. Sólo un silencio sepulcral que parecía extenderse impregnándolo todo con su aroma. Debía, entonces, ponerse en pie si estaba tumbada o tumbarse si estaba en pie, y sacudirse el cuerpo para sentir su viveza, para recordar que estaba allí por algo y que ese algo era importante. Se sorprendió a sí misma repitiéndose, una y otra vez, la misma idea: trazo el plano de la Tierra y conseguiré hallar sus confines. Imaginó que estaba loca y que el juicio lo había perdido para siempre.

Pero todas las galerías del hormiguero daban a algún lugar. Habían sido construidas por hormigas y, en consecuencia, tenían una explicación y un valor ya que nunca éstas se daban a la ingeniería vana: accesos lentos para transporte puntual de cargas, evacuatorios en caso de inundación o rutas seguras en caso de ataque externo, todo tenía una razón para existir. De no haberla, simplemente no existirían. Las hormigas de ningún modo trabajaban sin un motivo claro y beneficioso para la comunidad.

De pronto, notó que la galería por la que había venido caminando, giraba bruscamente y tomaba un rumbo diferente. Si bien se había acostumbrado a la sinuosidad de los trayectos en determinados tramos de la ruta, los cambios bruscos de sentido jamás se producían si no existía un motivo poderoso para ello. Y aquí debía existir uno y bien grande, pues el rodeo que se estaba obligando a dar era importante. Caminó durante un par de horas más y se dio cuenta de que la galería avanzaba en el rumbo previsto pero describiendo un gran arco que multiplicaba por cien el trayecto. ¿Qué es lo que sucede?, se preguntó la hormiga viajera.

No tardó en caer en la cuenta. Harta de tanto desatino, se sentó a descansar durante un rato y apoyó la espalda en la pared. ¡Estaba helada y rígida! Claro, cayó en la cuenta: una gran piedra enterrada dificultaba la normal expansión del hormiguero. Las que allí habían construido se habían visto en la necesidad de rodearla por completo. Si algo fastidiaba a las hormigas, era la presencia de las piedras en el lugar donde ellas habían decidido extender su hogar. Pero así era y nada se podía hacer sino evitarla.

No era la primera piedra enterrada con la que se topaba. Se las había encontrado antes y de muy diferentes

tamaños y consistencias. Pero, desde luego, ninguna de las dimensiones de ésta. Era descomunal. Caminó y caminó y sintió que el arco seguía describiéndose en torno a ella, pero tan leve e impreciso que había que permanecer muy atenta para notarlo. Resolvió, entonces, que quizás sería mejor tratar de superarla por su parte baja, de manera que deshizo el camino andado y regresó hasta dar con un pequeño túnel que se hundía en el suelo: ésta será la ruta correcta, se dijo mientras se introducía en él.

Tenía que caminar sin apenas levantar la cabeza. Estrecho y directo hacia abajo, el túnel no parecía dispuesto a girar hacia el frente: la piedra se clavaba en suelo hasta lo más profundo. Que la galería no pareciera detenerse nunca, auguraba, al menos, un final feliz. Nadie excavaba nada como lo que ella estaba recorriendo para abandonarlo sin sentido aparente. De hecho, cualquier vía de comunicación obsoleta u olvidada se sellaba para evitar que alguien perdiera el tiempo en ella.

De pronto, sintió ruidos que provenían de la propia galería: alguien se acercaba en sentido opuesto. Bien, se dijo la hormiga viajera, ahora podré saber si este camino conduce a algún lugar. No pasó mucho tiempo cuando un grupo de media docena de hormigas apareció en un recodo del túnel. La hormiga viajera se había cuidado de hacer el suficiente ruido para revelar su situación a las otras. No pretendía aparecer sorpresivamente en medio de la nada y provocarles un susto de muerte.

Hola, se saludaron con cierta ceremonia. La escuadrilla de hormigas afirmó que ellas eran las encargadas del mantenimiento de aquel túnel y que hoy, en este momento preciso, tenían una prisa enorme pues habían de finalizar la ronda antes de media hora. Pero la hormiga viajera no iba a apartarse del camino para dejarlas pasar sin que antes respondiesen a su pregunta: ¿Se puede

rodear la piedra? Claro, respondieron las otras malhumoradas. La piedra tiene forma de cono invertido y se hunde muy profundo en la tierra. Los caminos están trazados y existen varias rutas para llegar al otro lado. Acto seguido, empujaron a la hormiga viajera para hacerse un hueco y continuar su ronda. Es que tenemos muchísima prisa, repitieron.

Una última cuestión, una última cuestión, se apresuró a señalar la hormiga viajera. ¿Es ésta la galería más corta para llegar al otro lado? Las que ya se le habían subido encima y la aplastaban para conseguir pasar, respondieron: no existen rutas óptimas para salvar la piedra pues la piedra es parte de nuestro hogar. Y sin decir adiós, desaparecieron a gran velocidad.

Vaya, se dijo la hormiga viajera, qué modales. No había sido nunca intención suya interceptar el paso a nadie y, mucho menos, entorpecer la labor de quienes con tanto ahínco la desarrollaban en beneficio de la comunidad, pero, ¿se hacía necesario ser tan groseras? No les habría costado nada detenerse un momento e intercambiar información con ella. A fin de cuentas, la labor de la escuadrilla era la de mantener saludable el estado de la galería y éste, por lo que había podido observar, era razonablemente bueno. No habrían, en verdad, de trabajar demasiado aquella jornada.

Bien, reflexionó, la piedra era rodeable y no tenía más que seguir la ruta en la que se encontraba para llegar al otro lado. Se trataba, más que de otra cosa, de una cuestión de tiempo. Y, sin embargo, ¿por qué no se lo habían señalado así, simplemente, sin más rodeos? Jamás acabaría de comprender a las suyas. Comenzó a caminar despacio y a realizar anotaciones para su mapa: la piedra, efectivamente, parecía ser un cono invertido enterrado hasta quién sabe dónde. Pero, ¿por qué habían dicho que

era parte del hormiguero? De una forma u otra, y de eso nadie puede dudar, la piedra suponía un estorbo. ¿En qué modo algo sólido e impenetrable puede formar parte de lo que, por definición, ha de ser horadable? La tierra es tierra y, además, por esa capacidad que tiene para servir de hogar a la colonia, todas la llamaban Tierra. ¿Pero una piedra?

Se acercó a una de las paredes de la galería y la tocó. Estaba fría y era áspera. Rascó un poco pero nada se desprendió. La piedra cumplía su función, si es que alguna tenía: jamás podría ser colonizada, al menos, no por las hormigas. ¡Quién sabe si alguna otra especie de animal podría adentrarse en su interior, quién sabe si existían bichos ahí fuera capaces de agujerear la dura superficie de la piedra y conseguir vivir dentro! Desde luego, éste no era un plan para las hormigas, así que descartó todos los pensamientos que podría alcanzar estirando esta reflexión. Aunque algo rara, ella no dejaba de ser hormiga y eso, bien entendido, supone albergar escaso, o nulo, interés por el resto de las razas. Sí, es verdad que convivían con algunas, pero siempre respondiendo a un interés concreto: criar algo de ganado en la vida hizo daño a nadie.

No existían estirpes de animales capaces de vivir dentro de la piedra. Y, si existían, ella las desconocía y, sobre todo, le importaban bien poco. Entonces, ¿por qué la escuadrilla de hormigas había afirmado, de forma tan tajante y expeditiva, que aquella mole que interceptaba el paso y que no hacía sino introducir molestias y quebraderos de cabeza en la vida de la colonia, era, precisamente, parte expresa y admitida de ella misma? Se detuvo y reflexionó. Estaba, supuso, al menos a dos o tres horas de camino de cualquier congénere suyo. Se hallaba, lo que se dice, sola ante la gran piedra cónica, perdida y olvidada en

uno de los reductos más inaccesibles del hormiguero. Un buen lugar, sin duda, para pararse a cavilar sin prisa.

Tomó un sorbo de agua y repasó sus notas. La ruta que estaba siguiendo era, si se estudiaba con detenimiento, muy precisa. Excesivamente precisa, pensó. No es que hubiera acumulado, en tan escaso tiempo desde su partida, demasiados conocimientos acerca de la naturaleza de las galerías, pero algo creía haber aprendido: las galerías trataban de unir de la manera más corta posible dos puntos aunque siempre, siempre y sin excepción alguna, describían curvas y giros no demasiado razonados y productivos, sin duda, de la prisa por terminar pronto lo que se estaba haciendo y continuar con lo siguiente. Así eran las hormigas: un poco precipitadas y ansiosas por seguir laborando. Pero, y de ahí surgió su extrañeza, el túnel que rodeaba la piedra hundiéndose más y más en el suelo describía un arco casi perfecto. Las que lo habían construido, se habían limitado a horadar siempre en el punto más cercano a la piedra, consiguiendo así que ésta, de una forma u otra, fuese siempre pared de la galería. Un lugar menos en el que aguardar derrumbamientos.

La conclusión que de todo esto se derivaba era bien sencilla: la piedra no tenía una forma imprecisa, sino que se hallaba cuidadosamente torneada y hundida en la tierra. ¿Había sido éste el factor que había determinado que su presencia no hubiera sido despreciada y maldecida? Al contrario, las hormigas de la escuadrilla habían dicho que era parte de la casa, es decir, que era aceptada y asumida por los habitantes de esta parte del hormiguero como trozo de la Tierra.

Hum, pensó la hormiga viajera, pero, ¿cómo puede ser una piedra inservible para nada útil parte de nuestro hogar? No la podíamos habitar, ése se alzaba como un hecho irrefutable. Ella misma la había tocado y comprobó

su dureza. No, allí no podrían penetrar nunca. Tampoco podrían moverla de su lugar ni desarraigarla. Una piedra más de las muchas que abundaban por allí. Excepcionalmente grande, dotada de una constitución geométrica curiosa y, si se quiere, admirable, pero una piedra en resumen. ¿Era necesario asumirla como parte del hormiguero? ¿Debía ella dibujarla en su plano, trazar las dimensiones que la abarcaban, señalar los lugares adecuados para superarla? ¿O simplemente debía limitarse a describir la ruta más rápida para ir de un extremo de ella al otro? ¿Era casa o era extranjero?

La piedra se mostraba inservible para cualquier fin propio de la colonia: no servía de refugio contra el frío, no se podía comer, no guarecía de los ataques externos, no cuidaba de los huevos, en definitiva, no era útil para nada. Tan sólo podían sentarse a admirarla o, en el mejor de los casos, a pensar su grandeza. Circunstancia, dicho sea de paso, absolutamente inhabitual entre las hormigas: siempre era preferible dedicarse a ocupaciones prácticas que a perder el tiempo por ahí en asuntos que en nada beneficiasen a la comunidad.

Muy despacio, ensimismada siempre en sus pensamientos, caminó por el túnel hasta que, de pronto, comprobó que éste se ensanchaba notablemente dando paso a una estancia de grandes dimensiones. Alguien había situado allí una pequeña despensa y un par de recipientes con agua. Miró hacia la bóveda del habitáculo y observó cómo un trozo de la piedra surgía de ella para detenerse en medio de la nada. Sí, había llegado al punto más profundo de la piedra y, a partir de ahora, todo sería ascensión. Lo había conseguido. Abrió su cuaderno de anotaciones y escribió: la piedra dispone de un vértice en el que se sitúa una gran estancia. A partir de ahí, surge un túnel por el que se asciende, de nuevo, a la superficie.

Jamás había estado en un lugar tan lejos del bullicio y de la muchedumbre. Estaba abajo, muy abajo, en una cota que apenas alcanzaba a imaginar. Aquella sima superaba todo lo conocido. Sus escarceos anteriores no le había llevado demasiado lejos. Si no era necesario, las hormigas nunca horadaban demasiado profundo. Extraer tierra hacia la superficie suponía una labor mucho más sencilla cuando las que lo hacían estaban cerca de ésta. En este caso, excepcionalmente, se había optado por excavar y excavar hasta un lugar al que ni las raíces de los árboles llegaban.

¿No habría sido más sencillo rodear la piedra por un lugar cercano a la superficie? Sí, de acuerdo, ese camino ya existía y ella, antes de precipitarse por el estrecho túnel que la había traído hasta la estancia en el vértice de la piedra, lo había seguido durante un rato para desandararlo más tarde. Pero, y dando por hecho que ése era el camino adecuado, la ruta precisa, corta y cabal para cualquier hormiga de cualquier rincón del mundo, ¿por qué construir una nueva galería, mucho más larga, solitaria y dificultosa que, además, requería de un mantenimiento exclusivo y nada sensato? ¿Por qué trazar aquí el confin inferior del mundo cuando nada útil existía en él?

Se entretuvo durante un rato paseando la vista por las paredes de la estancia. Se trataba de una de tantas, idéntica a las muchas que había tenido ocasión de visitar: huecos más o menos amplios abiertos en la tierra y con paredes ovaladas que, con la humedad, tendían a venirse abajo y se hacía necesario reparar con asiduidad. En este caso, el vértice de la piedra cónica surgiendo de la bóveda le otorgaba un aspecto peculiar. Si una hormiga de tamaño medio, como, sin ir más lejos, el de la propia hormiga viajera, se situaba bajo él, podía tocarlo casi con la parte superior de la cabeza. Curioso, pensó. Y no se resis-

tió a la posibilidad de sentirse en aquella disposición. Resuelta, avanzó los pasos necesarios y se situó bajo el vértice de la piedra. Entonces, algo importante sucedió. De pronto, sintió cómo una fuerza extraña penetraba en ella y le provocaba sensaciones que, hasta hoy, jamás había experimentado. ¿Cómo podría describirlas? No le causaron dolor, pero tampoco podría llamársele bienestar a aquello. Quizás, y sin tratar de ser demasiado precisos, podría decirse que sintió algo parecido a la felicidad. Sí, en aquel lugar en el que podía fingir que sostenía con su cráneo una piedra de varias toneladas de peso, ella, una hormiga vulgar, corriente y más bien delgada, se sintió feliz. Y no es que con anterioridad hubiera sido especialmente desdichada, no, pero ahora sintió cómo su espíritu adquiriría consciencia propia y se congratulaba de existir.

Se retiró bruscamente y todo volvió a ser normal. La experiencia le había sorprendido mucho. No la esperaba, es más, en realidad, no esperaba que nada sucediese. Pero había sucedido. Algo había sucedido y eso era indiscutible. Se había sentido profundamente poderosa durante una minúscula fracción de tiempo.

Pestañeó un par de veces y se dio cuenta de que todo había sido una ilusión. Por supuesto, una hormiga frágil y quebradiza como ella jamás habría podido levantar una piedra de aquellas proporciones. Aunque hubiera sido mil veces menor, tampoco lo habría conseguido ni siquiera sumando a la suya la fuerza de todos los miembros del hormiguero. Pero esa ilusión, aunque falsa, no dejaba de resultar reconfortante. Decidió volver a probar. Debía asegurarse así de que una nueva exposición al vértice de la piedra no le haría daño y conseguiría aportar nueva información que verificase todo eso que le estaba pasando por la mente. Así pues, volvió a situarse en el lugar adecuado y permitió que la parte superior de su

cabeza rozara levemente la fría piedra. Una sonrisa brotó en su boca cuando se sintió feliz: podía imaginarse como dueña de una potencia descomunal capaz de sostener en equilibrio la más pesada de las existencias nunca soñadas.

Abrió sus brazos y levantó un poco la cabeza hasta situar el vértice de la piedra entre los ojos. Se sentía realmente bien. Aquello que le estaba sucediendo era maravilloso. Había conseguido encontrar un punto de comunión entre lo que era y todo aquello que cualquiera habría podido imaginar ser hasta en la más fabulosa de sus fantasías. De repente, sucedía lo más remoto, lo improbable, lo desconocido. Y ante eso, no podía experimentar nada distinto de un profundo sentido de respeto y recogimiento. Entendía lo que las hormigas encargadas del mantenimiento de la galería le habían dicho. La piedra era parte del hormiguero y, como tal, debía ser dibujada en el plano general que se hallaba trazando. ¿Cómo podía ser de otra manera?

Volvió a situarse fuera de la influencia de la piedra y, una vez más, el sentimiento placentero desapareció por completo. Regresaba, con tanta inmediatez como brutalidad, a la más anodina de las normalidades. Ya no se sentía poderosa ni feliz. Era, de nuevo, una hormiga común. Y, claro, valoró aún más que la vez anterior el fantástico poder de la piedra enterrada en la tierra. Ese vértice en medio de la estancia abovedada, del lugar que en adelante señalaría con el nombre de cripta en sus apuntes, imbuía de sensaciones más allá de lo normal. ¿Cómo denominarlas si ni una sola vez antes de aquel momento las había experimentado? Las hormigas no disponían de una denominación para el tipo de felicidad que proviene de la comunión consigo mismas. Paz, pensó. Pero, acto seguido, se arrepintió y rectificó: sosiego. Mas por segunda vez no se sintió satisfecha con la acepción que resumía el concepto y propuso: superioridad. Sí, ésa era la palabra per-

fecta. La dijo en voz alta: superioridad. Las sílabas retumbaron en la bóveda de la cripta.

Había realizado un descubrimiento excepcional. La piedra cónica con el vértice invertido ayudaba a penetrar en sistemas de percepción nunca conocidos para ella. Algo muy lejano a la naturalidad ordinaria de las hormigas sucedía allí y no parecía haberseles pasado por alto a las oriundas de este trozo del hormiguero. Lejos del bullicio, la cripta en el fondo de la Tierra debía ser algo parecido a un lugar de peregrinaje convertido en destino para todas aquellas necesitadas de experimentar algo diferente y sobrenatural. ¿Cuántas hormigas se habrían situado bajo el vértice de la piedra antes que ella? Y antes de eso y necesario para que la pregunta anterior tuviese respuesta adecuada: ¿desde cuándo estaba allí la piedra? ¿Años? ¿Generaciones? ¿Épocas?

¡Quién podía saberlo! Lo que sí resultaba sorprendente era el desconocimiento que, en torno a su existencia, existía más allá del entorno inmediato de la piedra. Ciertamente era que no se preocupaban de ocultarla. La piedra estaba ahí y se reconocía como parte del hormiguero. Las ariscas hormigas con las que se había topado en el camino hacia la cripta lo habían expresado sin ambages. Y no habían hecho nada por impedir su paso hacia ella. La cripta estaba allí, en el que hasta ahora debía trazar como límite inferior de la Tierra, y nadie se preocupaba de divulgar lo que de maravilloso tenía, pero, tampoco, de ocultarlo.

Una vez más pensó en la naturaleza de las de su condición y en esa ley superior que con tanta sabiduría había enunciado la hormiga reina: las hormigas son hormigas. Sabiéndolo, concluyó que poco importaba publicitar tan egregio suceso. Las hormigas terminarían absorbiéndolo y diluyendo su majestuosidad en ingentes dosis

de banalidad cotidiana. Acaso fuera mejor así. No se imaginaba a millones de hormigas peregrinando, al menos una vez en su vida, hasta aquel lugar remoto y situando sus cabezas bajo el vértice de la piedra. Una sonrisa se dibujó en su boca mientras estos pensamientos flotaban en su mente: absurdo, se dijo.

Totalmente absurdo. ¿Qué sentido tenía acercarse hasta allí, caminar durante horas por galerías estrechas e incómodas, para sentir algo que, por muy maravilloso que fuera, no dejaba de ser ilusorio puesto que, una vez lejos de la influencia del vértice, la sensación desaparecía? ¿Merecía la pena disfrutar de una experiencia reveladora durante un instante si después había que retornar a la realidad? ¿El poder infinito y la seguridad que proporcionaba tenían algo que ver con la vida de las hormigas?

Absurdo, se dijo de nuevo. No tenía, se mirase como se mirase, demasiado sentido. El talante abierto de la colonia y la inexistencia de leyes que pensasen lo divergente, esa misma inexistencia que le permitía a ella encontrarse allí en aquel momento, había impedido que la cripta fuera rellena con tierra y las galerías que permitían su acceso selladas para siempre. Lo que no estaba expresamente prohibido, y nada lo estaba en tal extremo, simplemente se permitía. Pero no se divulgaba ni se apostolaba sobre ello. Curiosa naturaleza la nuestra, se dijo la hormiga viajera.

Su percepción en torno a la experiencia sobrenatural que había disfrutado estaba modificándose. Después de la sorpresa inicial y de su decidido asombro por el escaso eco que tal evento había tenido en la comunidad, reflexionó y de dio cuenta de que se hallaba tan sólo ante un curioso entretenimiento. ¿Sentir seguridad? Sí, era placentero y, si se quiere, bello, pero no dejaba de ser ficticio. Nada de eso tenía razón de ser. Las hormigas jamás

sostendrían con su cabeza una mole de varias toneladas de peso.

Se sentó en un rincón y extrajo un trozo de hoja de árbol que comenzó a roer con parsimonia. No quería hacer uso de los víveres que alguien había depositado en la cripta. A buen seguro, estaban allí para viajeros exhaustos o peregrinos poco previsores. Ahora que lo comprendía todo mejor, se sintió bien. Leyó la palabra que acababa de escribir en su cuaderno de notas: superioridad. La rodeó con un círculo y cruzó éste con una línea. No existía la superioridad. No había nada más allá del mundo organizado de las hormigas. ¿Ilusiones? Sí, muchas, todas las que quisiéramos fabricar, pero nada diferente de pequeñas mentiras inocentes sin mayor repercusión. ¿En qué cabeza podía haber que una hormiga pudiera sostener, haciendo uso de sus propias fuerzas, una piedra como aquella?

Por una razón u otra, y que, además, era irrelevante a la hora de establecer un análisis, la piedra cónica había sido hundida en el suelo con el vértice hacia abajo. Después, el hormiguero la había rodeado. Con el tiempo, alguien descubrió la curiosa sensación que se obtenía de situar su cabeza junto al vértice y se ocupó de contárselo a los demás. Sin demasiado ahínco, claro está, pues el rumor no se había propagado demasiado. Pero sí el justo para que unos cuantos decidieran dedicar su tiempo a mantener transitables las vías de acceso hasta el lugar. ¿Creían ellos en la superioridad? No lo sabía y, además, ¡qué importaba! Absurdo, repitió por tercera vez.

Continuó, durante un rato, sentada en aquel lugar. Había terminado de comer y un ligero sopor se apoderó de ella. Recostándose, decidió que quizás era un buen momento para dormir una siesta. En ello estaba cuando escuchó voces acercándose por el camino que más tarde

habría de seguir ella para terminar de rodear la piedra. Hola, saludó antes de verlas para evitar un encuentro por sorpresa. Las hormigas no gustaban de asustarse entre sí. Hola, respondieron las otras mientras penetraban en la cripta.

Se cruzaron un par de miradas y levantaron un brazo en señal de cordialidad. La hormiga viajera se incorporó hasta quedarse sentada y las contempló en silencio. Se trataba de una pequeña expedición de no más de una decena de hormigas. Una de ellas, al frente del grupo, parecía saber perfectamente dónde se encontraba y qué sucedía allí. Era, digamos, el guía de la partida.

Se trataba de un grupo de hormigas mayores. Muchas de ellas estarían, a juzgar por su aspecto, exentas ya de realizar cualquier trabajo, así que ocupaban sus días en excursiones y travesías que convirtiesen en gratificante el tramo final de sus energías. El guía las ubicó formando una fila y les ofreció instrucciones precisas. Una tras otra, las hormigas comenzaron a situarse, al igual que ella había hecho un rato antes, bajo el vértice de la piedra. Dos o tres minutos más tarde, siguiendo un orden escrupulosamente medido, salían de la zona de influencia después de experimentar la sensación irreal de sostener con sus propias cabezas la gran masa. Las hormigas cerraban los ojos y un gesto de satisfacción afloraba en sus rostros. Entonces, la hormiga viajera cayó en la cuenta de que creían en lo que les sucedía. Fe, se dijo, se trata de una cuestión de fe.

3

CAVILACIONES PARA SENTIR LA FELICIDAD

PERDIMOS EL INTERÉS por todo lo anterior desde que hallamos la Piedra Cónica, expresó la que parecía ser la más anciana del grupo. Todas ellas habían cumplido el ritual de situarse bajo el vértice de la piedra. Después de cerrar ojos e imbuirse de las sensaciones que del vértice emanaban, se les había despertado un apetito atroz y decidieron sentarse en las inmediaciones para tomar un bocado. Alegres y satisfechas, charlaban y alborotaban en medio de tanta quietud. Sus voces, para una hormiga que, como la viajera, se había acostumbrado a tener al silencio como único compañero de viaje, se alzaban violentamente en el aire de la cripta y agujereaban sus oídos.

Ya no nos interesa nada que no sea la Piedra Cónica, dijo la hormiga anciana después de haberse acercado hasta la hormiga viajera y haber compartido un sorbo de agua con ella. Aquí hay mucho de verdad, dijo. Y entretuvo su mirada en la penumbra antes de continuar.

Esto es auténtico, señaló sin aguardar réplica. Hace tiempo, bajó el volumen de su voz y acercó la cabeza para que la confidencialidad fuera mayor, solíamos creer en una roca enterrada a siete u ocho jornadas de viaje de aquí. Una roca sin demasiado interés: informe y corriente. Pero desde que se descubrió la Piedra Cónica, todo ha cambiado. Se construyeron las galerías que la circundan y esta pequeña cripta en la que todo culmina. ¿No te das cuenta de que en este lugar las cosas adquieren sentido?

¿Sentido?, preguntó la hormiga viajera. Sí, sentido, respondió la hormiga anciana. ¿Has probado a situarte bajo el vértice de la piedra? Bastan unos segundos bajo él para saber que algo mayor que nosotras mismas, que el hormiguero entero, existe. No puede ser de otra forma. Las sensaciones que nos embargan cuando tocamos con la parte superior del cráneo la punta de la piedra invertida, no pueden ser en vano.

La hormiga viajera permaneció en silencio. No daba demasiado crédito a lo que estaba escuchando. Había experimentado todo aquello a lo que la hormiga anciana se refería, pero comprendía que no había nada de extraño en ello. Se trataba, tan sólo, de una curiosidad más entre todas aquellas que esperaba hallar en su camino. Pero eso nada más: una agradable sensación de comunión con todo lo que nos rodeaba. Un truco ciertamente curioso: la felicidad.

Mas las hormigas que se arremolinaban en un rincón profiriendo voces y dando cuenta de enormes trozos de hojas tiernas, disponían de una visión distinta de la Piedra Cónica. Ellas hacían bueno aquello que las integrantes de la escuadrilla de mantenimiento le habían dicho un rato antes: la piedra no era un estorbo en el hormiguero, sino parte integrante e indivisible de él. De acuerdo, de acuerdo, ella estaba dispuesta a admitirlo,

pero, siempre por distintas razones. Una cosa era sentir la felicidad y sentirse agradada con la experiencia. Eran hormigas y nada de eso pertenecía a su raza. La excepcionalidad de la sensación podía ganarse el derecho de considerar aquello que la producía como parte de la Tierra. No es un cuerpo extraño que, de poder hacerlo, sería erradicado de inmediato. Pero tampoco iban a convertir la rareza en fijación y el divertimento en creencia.

El resto de las hormigas, al menos de las hormigas que en el interior de la cripta se hallaban, no pensaba igual. Ellas tenían fe. Lo había sospechado después de verlas actuar ceremoniosamente bajo el vértice de la piedra. Ya no le quedaba duda. Las hormigas de aquella parte de la Tierra, creían en la excepcionalidad y entendían la felicidad como su manifestación. Y eso, se mire como se mire, es insólito en el devenir de su linaje. Trabajo, recolección y cuidado de las crías. Se trataba únicamente de eso y no habían conocido, hasta hoy, una sola entre las suyas que no lo hiciera bueno en el primer momento. ¡Hormigas que hacían de la felicidad toda una doctrina! Si las que la habían visto nacer se hallaran en aquel lugar y pudieran escuchar con sus propios oídos aquello que a los de ella llegaba, no habrían conseguido, aún así, dar crédito a lo señalado y tendrían que pellizcarse las unas a las otras para comprobar que no estaban soñando. Bien mirado, no le desagradaba la ingenuidad de la hormiga anciana y las suyas. Ella, que desde que decidió emprender este viaje había sido tachada de disidente, de anormal entre las de su propia raza, un ser inconcebible y paradójico, se topaba de bruces, hoy, con otras que, sin hacer suyos sus propios presupuestos y cada uno de los motivos que la adscribían a la tranquila disidencia, sí se salían lo suficiente de lo habitual para poder sentir, junto a ellas, cierto sentimiento de afinidad en la anomalía. Se le había tacha-

do de querer redefinir la idea de hormiguero gracias a su fehaciente obcecación en buscar los límites de la Tierra y en el deseo inconcebible de trazar sus planos. Bien, pues aquí y ahora, más hormigas se sumaban a su tendencia y reivindicaban una vida más allá de las leyes elementales: alimentar a la reina y sentir el hormiguero como único cielo sobre las cabezas. Le habían dicho que ese tipo de afectos se acercaba a la más elemental traición. Su estirpe, el hormiguero entero y cada una de las que lo conformaban, podía, estaba en su derecho, sentirse traicionada. Por suerte, la suya era una estirpe pacífica que no desterraba a las que hacían de la desavenencia un modo de vida.

¿Estaban perjudicando al hormiguero? ¿Una sola entre las suyas podía alzarse y decir que ella, la hormiga viajera, o cualquiera de aquellas viejas que en la cripta se habían situado bajo el vértice de la Piedra Cónica para sentir la felicidad, tenía entre sus intenciones la de dañar su propia casa? No, la hormiga viajera estaba segura de que no. Reclamaba para sí, lo había hecho siempre, pero en este instante, si cabe, aún de forma más consciente y cabal, el derecho a ser, pensar y sentir de forma diferente. Como las que buscaban la felicidad en el extremo más profundo de una roca enterrada. Se estaban equivocando, pero se trataba de su equivocación. Habría más errores y muchos comportamientos desacertados, pero ella demandaba su derecho a ser como quería ser: una, en definitiva, hormiga viajera.

Si todo hay que decirlo, continuó la hormiga anciana, aún somos pocas las que por aquí tenemos fe. Tratamos, por todos los medios a nuestro alcance, de divulgar la presencia de la piedra y su motivo, pero resta mucho trabajo por hacer. La hormiga viajera apenas le prestaba ya atención. Su percepción de sí mismas y de aquello que les acontecía le parecía absurda, pero sabía que así debía

ser: cada una podía pensar como quisiese. Más importante aún: cada una tenía derecho a considerar su propia definición de qué era, qué suponía y cómo se estructuraba el hormiguero. ¿Estaba, al pensar de esta manera, contraviniendo la tesis, el sumo pensamiento, que la reina le había transmitido? Las hormigas somos hormigas, dijo. Con ello, había querido dejar claro que cualquiera que, entre las suyas, se consideraba hormiga y parte del hormiguero, lo era sin más dilación. Ella, no cabe duda y puesto que jamás había renunciado a ello, seguía siendo hormiga. Pero ser hormiga no era tan sencillo. Había que contemplar las leyes elementales. ¿Las contemplaba? Bueno, ciertamente sí. Al menos, no se situaba en contra de ellas. Pero sí estaba decidida a ampliarlas, a redefinirlas, a ofrecer una y más completa visión de lo que se podía llamar ser una hormiga. La aseveración de la reina permitía volver a pensar qué era ser hormiga. Ella, la reina, se limitaba a señalar que para ser de las suyas, bastaba sentirse parte de la colonia.

Esta reflexión le hizo sentirse más tranquila. Sí, es cierto, buscaba continuamente asideros en los que amarrar sus decisiones. No era fácil caminar contra lo establecido, contra la rigidez de un sistema social estático durante millones de años. La felicidad no era demasiado importante para ella. No le iba a quitar el sueño aquella sensación experimentada bajo el vértice la Piedra Cónica. Pero sabía que estaba ahí, que algunas de entre las suyas ansiaban disfrutarla, sentirla, abarcarla. Y más aún, estaban dispuestas a darlo todo por ella. Creían, como sólo se puede creer en algo más allá de lo que siempre se sostuvo en la atávica noción de hormiguero, en la felicidad. Era un truco un tanto infantil, se daba cuenta, una curiosidad propia de hormigas exentas de sus trabajos en la colonia, de desocupadas y perezosas, sí, pero de miembros de la

comunidad. Porque, y ahí tenía que darles la razón, ellas eran tan hormigas como la que más. De hecho, su comportamiento, peregrino, indecoroso incluso, para cualquiera de las hormigas con las que había trabado relación a lo largo de su existencia, no parecía demasiado fuera de sitio en estos lares. ¡Habían destinado una escuadrilla al mantenimiento de los túneles que daban acceso a la cripta! Alguien, en algún lugar, pensaba que se hacía necesario reconocer el cambio, otorgar a las que discrepaban de la normalidad, la posibilidad de hacerlo. Eso suponía algo jamás visto en el mundo de las hormigas: el hormiguero evolucionaba y buscaba nuevas definiciones de sí mismo. Se alegró sobremanera al llegar a esta conclusión. No estaba, a fin de cuentas, tan sola como había presupuesto.

La hormiga anciana se puso en pie y dijo: es hora de marcharnos. Aún queda una larga travesía hasta nuestra residencia. El grupo había comenzado a recoger los restos de su improvisado refrigerio y revisaron todos los rincones para asegurarse de que nada quedaba fuera de lugar tras su presencia. Nos obligamos a que la cripta quede impoluta, dijeron. Es lo menos que podemos hacer.

Todavía permaneció la hormiga viajera en la soledad y el silencio de la oquedad cuando el resto ya se hubo marchado. La hormiga anciana le había estrechado la mano antes de irse y le había deseado lo mejor para el futuro. No creyó que se tratara de una fórmula de cortesía. De algún modo, intuyó que se lo deseaba realmente. Espero que tú también abras la felicidad, dijo. Y se dio la vuelta para incorporarse al grupo. El guía, cuando todas estuvieron reunidas, las contó y ordenó entrar en la misma galería que las había traído hasta allí. Suerte, dijo para sí la hormiga viajera.

Se levantó y se dirigió hacia el vértice de la piedra. Tentada estuvo de volver a situarse bajo él, pero com-

prendió que no merecía la pena. En su lugar, alzó la mano y tocó la roca. Estaba fría. Esta es mi casa, pensó. Había alcanzado la convicción de que las integrantes de la escuadrilla de mantenimiento se hallaban en lo cierto: jamás encontraría una ruta óptima para rodearla pues su presencia formaba parte ineludible del hormiguero.

4

CAVILACIONES PARA DECIDIR UN ORIGEN

NO SE MANTUVO mucho más tiempo en la cripta. Después de que las demás se hubieron marchado, no le restaban razones para permanecer allí, de manera que, al igual que las otras lo habían hecho, se aseguró de no dejar nada tras de sí y emprendió viaje. Puesto que no existía, en torno a la Piedra Cónica, un camino mejor que otro, decidió seguir hacia delante. Penetró en la galería y anduvo sin rumbo fijo.

En medio de la placidez, una duda le asaltó: ¿la presencia de la Piedra Cónica suponía una contaminación de la esencia del hormiguero? ¿Su aceptación implicaba enfermedad, ruptura, quebrantamiento de la entidad de la colonia? Esta sutil forma de disidencia podía alterar el futuro de la comunidad, un futuro que, por supuesto, se dibujaba como el presente hasta el hastío repetido. Recordó lo que del pensamiento de la hormiga reina se desprendía: todos los comportamientos se permiten pues

siempre terminan asimilados por la normalidad imperante. La fuerza de lo cotidiano era tal que nada ni nadie podría luchar contra ella. Así, nada cambiaba nunca y todo permanecía invulnerable.

Estas aseveraciones estaban siempre referidas a los comportamientos o, en el peor de los casos, a contratiempos de escaso interés. Pero una piedra de aquellas dimensiones y de forma tan peculiar enterrada en el suelo suponía algo que, a buen seguro, jamás había sido contemplado por ninguna hormiga reina. Quizás iba siendo momento de que rehicieran su sentido del orden, del inicio y de la presencia.

Desde luego, la talla de la roca era más que original. Si debíamos entender que provenía del extranjero, que no había sido concebida por las manos de las hormigas, el halo que cubría los ojos de éstas cuando contemplaban lo ajeno tenía que ser derrotado para que la comprensión fuera plena. Las que habían visitado la cripta nada habían dicho sobre ello. Se limitaron a disfrutar de las consecuencias, pero, ¿y el origen? Ahora no estábamos ante algo foráneo, no. La piedra enterrada era casa y, como tal, debía ser observada con ojos plenos y mirada inquisitiva. ¿Por qué, entonces, nadie se había formulado preguntas al respecto? ¿De dónde había llegado aquella mole de talla perfecta?

La hormiga viajera no sabía mucho de geometría y de cuerpos pulcramente tallados, pero sí conocía aquello que tan bien sabía hacer: tajar y tajar las hojas de los árboles. Es lo primero que se les enseñaba a las crías al poco de salir del huevo. Era una obrera y no existía otro destino previsto para las que, como ella, debían destinar toda una vida a recolectar para que nada faltase en invierno. Pasó años sin fijarse demasiado, dividiendo hojas una tras otra con el único criterio que su estirpe transmitía de genera-

ción en generación: cortes circulares y monótonos que convertían a las hojas en curiosas formaciones radiales. Pero cuando llegaron los tiempos de la inquietud y todo se trastocó en su interior, comenzó a darse cuenta de lo que nacía de sus potentes mandíbulas.

Lo comentó en alguna ocasión con las que junto a ella trabajaban: mira qué forma más caprichosa ha surgido del tronzado. Las otras, por supuesto, jamás le devolvieron la palabra. El habla, mientras se labora, no es hormiguero, por lo tanto queda descartado para toda la que se precie de ser prudente en su tarea. El ostracismo no la detuvo. Estaba acostumbrada a sentirse ignorada. Decidió no callarse y pronto, en los corrillos nocturnos, ya al abrigo de las oquedades, se corrió la voz de que una loca elucubraba bajo el sol en torno a las características formales de aquello que dibujaban sus mandíbulas. Reían por lo bajo y cruzaban miradas de complicidad cuando ella hacía aparición. Pero no le importaba demasiado. Cumplía con su labor tan bien como cualquier otra, así que podía decir lo que quisiera incluso cuando simplemente articular palabra estaba de más.

La naturaleza tendía a esculpir de forma arbitraria. No se esmeraba demasiado y las arquitecturas le salían, casi siempre, torcidas. No había más que contemplar las ramas de los árboles o el curso de los ríos para darse cuenta de ello. Sólo cuando existía intervención de lo animal, brotaba la geometría. Las galerías de las hormigas eran una magnífica muestra. ¿Podía la lluvia, por sí sola, excavar con tanta precisión líneas rectas y recodos tan rotundos? No, no lo era. De hecho, siempre que llovía torrencialmente y el hormiguero se veía invadido por chorros de agua incontrolada que todo lo arrasaba a su paso, los túneles pacientemente excavados por las hormigas respondiendo, siempre, a criterios razonables, eran despre-

ciados para formarse, de la nada, otros más salvajes y ajenos a toda predicción sensata.

¿La conclusión? La Piedra Cónica no estaba enterrada en el hormiguero por azar. Su construcción respondía a un aliento vivo, a un músculo recio que, con paciencia y dedicación, se había ocupado de labrar a partir de una roca informe. Y ahora debía descartar a las suyas. Eran hormigas y ni varias proles trabajando sin descanso habrían podido alcanzar el resultado que adivinaba. Había viajado en torno a ella y sabía que era descomunal y precisa en sus contornos. No, la construcción de la Piedra Cónica superaba las facultades de las hormigas.

Los rumores, aquellos rumores que siempre habían sido costumbre y ocasión para credos inútiles en la colonia, volvieron a asaltar a la hormiga viajera. Recordó aquél que narra sobre los que más allá del hormiguero habitaban. No se refería a los animales catalogados, no: topos, lombrices, pulgones, pájaros, peces y conejos. No, se refería al Animal Misterioso, ése que sólo una vez, decía el rumor, había sido avistado cerca de la Tierra. Una gran bestia dotada de poder infinito y dimensiones más allá de todo lo conocido.

El Animal Misterioso se acercó un día al hormiguero, lo observó durante un rato y continuó su camino. Respiró tan cerca de la boca del hormiguero que varios metros por debajo se sintió su aliento. Las hormigas que allá se encontraban contuvieron el suyo: intuían el poder absoluto que emanaba de su resuello putrefacto. Traía consigo la perdición para todas. Durante los instantes en los que estuvo junto a la casa, todo se detuvo, se violó y quedó fragmentado en miles de posibilidades. El Animal Misterioso se erigía como dueño absoluto de cualquier percepción del futuro. Él era el que mandaba, no la hormiga reina, no los atavismos que las gobernaban, no la

previsión ni el destino, él, sólo él, armado de nada más poderoso que su aliento imperecedero. Con sus destinos en suspenso, nada restó sino aguardar. Podía haberles dado muerte en aquel momento pero les permitió continuar viviendo. Respiró en la boca del hormiguero y cada una de las hormigas sintió su hálito.

Eso había ocurrido generaciones antes de que naciera la hormiga viajera. Pero no por ello tenía menor recuerdo sobre el advenimiento del Animal Misterioso: los rumores, las historias transmitidas de voz en voz al abrigo de la nocturnidad en los días de invierno, imprimían veracidad y presente a aquello que con tanta solemnidad era revelado. No albergaba la menor duda de que había sucedido tal y como en la narración se describía. Nadie lo dudaba. El Animal Misterioso era real, existía en algún lugar, habitaba una morada de la que no tenían noticia, lejos, muy lejos del hormiguero, en lo más profundo del extranjero, y, desde allí, recordaba en cada expiración de aire el día en el que se acucilló sobre la Tierra y la observó detenidamente antes de reemprender su viaje.

Estableció las condiciones para que todo fuese como había sido. Si a las hormigas les estaba dada la dicha de continuar vivas, de hacer buenos los mandatos de su reina y procrear, y recolectar alimentos, y, en definitiva, alargarse hacia delante, era tan sólo porque el Animal Misterioso lo había permitido. ¿Significaba algo esto? Muchas no vacilaban al responder: él era dueño de nuestras energías, de todas y cada una de las vidas creadas en la colonia a partir del día en el que realizó su visita, era señor y propietario de, en definitiva, la existencia.

Se decía que algunas, subrepticia y, quizás, ilícitamente, comenzaron un culto a su imagen. El Animal Misterioso se erguía como dador de vida, como ser todo-

poderoso que, en su infinita bondad, permitía que todo fluyera en igual forma a como siempre lo había hecho. Merecía el agradecimiento por ello. Merecía que se le rindiera idolatría y se le otorgara respeto. ¿Quién no podría afirmar que un nuevo advenimiento estaba próximo a sucederse? ¿Y si llegaba a la determinación de que el universo de las hormigas debía tocar fin? Nada le impediría dar rienda suelta a todo el poder contenido. Él era grande y omnipotente. Se le sabía misericordioso y condescendiente, pero su presencia entre las hormigas había sido breve. ¿Podía cambiar su actitud y mostrarse definitivamente hostil? Así, cualquier iniciativa encaminada a aplacar sus ánimos nunca estaba de más. El culto a su imagen, a su esencia y obra, se puso en marcha no muchas jornadas después de la aparición. En una de las galerías inferiores y abandonadas hace tiempo, se decía, dio comienzo una críptica y periódica ceremonia en la que se ensalzaban sus virtudes y, a la vez, se rogaba para que no regresara jamás, para que permitiera que la vida en el hormiguero continuase, para que la configuración de la existencia, aquí Tierra y lo demás extranjero, se perpetuase sin mácula ni cambio.

Hasta el presente, todo había ido bien. El Animal Misterioso no había regresado y su aliento sólo podía ser recordado en las narraciones: ninguna de las que lo sintieron en aquella tarde lejana, estaba viva para relatárselo a las demás. Por ello, las emociones en torno a lo que sucedió se dividieron y todas, sin excepción, quedaban adscritas a una de las tendencias: la que daba crédito a lo narrado y abrazaba el miedo, el respeto y el temor a la figura del Animal Misterioso y, la que desplegaba todo su escepticismo ante aquello que no podía ser denominado más que rumor, es decir, incongruencia sin base y desatino para impresionar a crías asustadizas.

¿Y si existe pero se ha olvidado de nosotras?, pensó la hormiga viajera. Podía tratarse de un hecho circunstancial en la vida del Animal Misterioso. Caminaba sin rumbo fijo y dio con nosotras. Puro azar sin argumentos ni motivaciones. Brotaban las flores, metamorfoseaban las crisálidas y el Animal Misterioso nos visitó. Cosas que pasan, se dijo. Si así fuera, nada justificaba su exaltación y, menos aún, el temor a que regresara de nuevo. A pesar de que las flores siempre brotan de nuevo y las crisálidas transmutan en el cambio de estaciones, pensó. Y esto le hizo dudar. Porque si algo estaba claro para una hormiga, era que nada sucedía puntualmente y que todo abrazaba ciclos. Se concentró, nerviosa, en las excepciones a esta regla y pronto halló quebrantos en la tradición: ella, ella misma se alzaba como ejemplo vivo de que, a veces, la discrepancia surgía y algo ocurría una vez y de forma excepcional. ¿Había más hormigas recorriendo el hormiguero con la intención de alcanzar sus límites y trazar los planos precisos del mundo habitable? No, no lo podía afirmar con rotundidad, pero lo dudaba. Su comportamiento era el suyo, único y distintivo. No había más hormigas comportándose como ella. Esta sensación le había acompañado siempre, de manera que, ¿por qué renegar de ella cuando más la necesitaba?

La posibilidad del olvido del hormiguero por parte del Animal Misterioso la sosegó. Estuvimos en sus manos durante un instante, pero todo pasó. También llovía torrencialmente una o dos veces por año y el hormiguero continuaba pletórico de vida. Incluso, al menos cada quinquenio, la lluvia castigaba con tanta fuerza que se hacía necesario, tras la escampada, volver a reconstruirlo casi todo desde el inicio. Cuando así sucedía, nadie se lamentaba. Sucedió porque había de suceder y eso formaba parte de la naturalidad con la que se afrontaba la existen-

cia en la Tierra: nada estaba perdido si la reina sobrevivía y el afecto sobre ella quedaba indemne.

La llegada del Animal Misterioso, si es que alguna vez tuvo lugar, había sido un hecho fortuito en el devenir del hormiguero. Vino, acechó y se marchó. Pero esto, claro, no explicaba la presencia de la Piedra Cónica enterrada bajo la superficie. ¿Acaso había regresado sin que nadie lo descubriese y dedicó una noche a soterrar la roca? Ocupó las jornadas anteriores labrándola cuidadosamente, cargó con ella, cavó todo lo profundo que pudo y la dejó caer en la oquedad resultante. Después, la recubrió de tierra y se marchó para no regresar jamás. No resultaba demasiado sensato y la pregunta siempre acechaba: ¿por qué?

Los senderos del Animal Misterioso son inescrutables, creyó recordar que decía el rumor. Las hormigas que habían dado inicio al culto secreto se habían asegurado de atar todos los cabos. El Animal Misterioso permanecía ahí, tras el halo de lo extranjero, agazapado, quieto, observador. Había actuado y ahora simplemente observaba. Desde luego, en este contexto ya no cabía espacio para la aleatoriedad en su advenimiento. No sólo no había llegado por casualidad, sino que no se había olvidado de ellas. La desazón volvió a emerger en la hormiga viajera. Si daba por buena la consideración de que la Piedra Cónica era obra del Animal Misterioso y había sido enterrada en el hormiguero de forma lúcida, debía ser valerosa y alcanzar las conclusiones que, inmediatamente, se desprendían: nos observaba y aguardaba algo de nosotras.

Ella no creía en el Animal Misterioso. Pero tampoco se sentía capaz de negar su existencia. La piedra suponía una evidencia fuera de toda duda y había que encontrarle una explicación. Su presencia en el hormiguero había modificado conductas y propiciado certezas. Un

análisis sosegado y ecuánime arrojaba una conclusión definitiva: eso que era tan suyo como cualquier grano de tierra de los que la rodeaban hasta el extremo de haber llegado a ser considerado casa, parte útil y habitable, llegó hasta allí por una vía ajena tanto a la colonia como a la naturaleza. Dicho de otro modo, era obra de alguien o de algo y estaba allí por un motivo. Quién fuera ese alguien y cuál fuera ese motivo, quedaban, por supuesto, abocados al terreno de las especulaciones. Porque si de algo estaba segura, era de que nadie tenía una certeza definitiva al respecto. Había sucedido y nadie sabía porqué.

El Animal Misterioso parecía flotar sobre la existencia de las hormigas. Las había reconocido como comunidad organizada y establecía pautas en su desarrollo. Podía haberlas destruido con su aliento pútrido pero, en su lugar, se limitó a soterrar una gran mole tallada. Y esperó. Esperó para observar qué sucedía. ¿Y si estaba siempre ahí, en la superficie, oculto tras un árbol o en el halo de lo foráneo, y las acechaba, anotaba, de igual forma que ella hacía con las geografías descubiertas en su viaje, las reacciones de la colonia? ¿Pretendía aprender de ellas, desbrozar sus comportamientos y reacciones, interpretar su significado? Si estuviera en su deseo darles muerte, ya lo habría hecho hace tiempo. Oportunidades no le habían faltado. El hormiguero estaba indefenso ante su magnífico poder. Le habría bastado con perforar las galerías hasta dar con la hormiga reina y el resto sucumbirían de inmediato. La extinción era el único sino posible para una estirpe de hormigas sin reina. El hálito del Animal Misterioso recorrería raudo las galerías pobladas llevando consigo la asfixia, el fin y la desesperación. Pero no, no lo había hecho, así que no existían razones para pensar que lo haría en un futuro. Se había tomado el trabajo de labrar la roca para después enterrarla y aguardar: ¿qué sentido

tenía acabar con su trabajo de una forma tan irracional? Las hormigas muertas, fuera cual fuese su propósito experimental, de nada le servían.

La exaltación de la existencia del Animal Misterioso suponía un tipo de disidencia más exquisito que cualquiera de los que ella había conocido antes. Ni su propia práctica errabunda, nimia a su lado, ni la devoción infantil que algunas profesaban a la Piedra Cónica y las sensaciones emanadas de su vértice enterrado en lo más profundo del hormiguero, tenían nada que ver con el culto al Animal Misterioso. Esto no se trataba de un juego inconsecuente capaz de ser asumido por la suprema normalidad imperante en el hormiguero. No, el culto al hacedor de sus actuales circunstancias trababa directa y esencialmente con los más arraigados atavismos de la colonia. Su cosmogonía se modificaba desde fuera y transmutaba una ley permanente: ya no existía lo que se veía y, menos aún, dicha existencia permanecía condicionada a la capacidad de observación. Incluso lo invisible debía ser definido como existente y, sobre todo, como implacable. Aspectos que escapaban de la comprensión de las hormigas se encumbraban como trascendentales, imprescindibles e importantes.

¿Era el hacedor origen del hormiguero? El Animal Misterioso tenía mucho que ver con aquello a lo que ellas llamaban casa. Aun desconociendo sus intenciones primigenias, de sus actos se derivaban hechos tangibles. El hormiguero era diferente desde la intervención que propició. La Piedra Cónica suponía un elemento extraño que había sido asumido por la normalidad de la colonia. Hoy era parte del hogar y el Animal Misterioso podía sentirse satisfecho: había conseguido alterar la tranquila vida de las apacibles hormigas.

A varias jornadas de camino desde la cripta, la hormiga viajera sintió la insignificancia de su identidad. No se atrevía a afirmar que creía, ningún dato era definitivo, pero no abrigaba demasiadas esperanzas de negar racionalmente lo que había visto con sus propios ojos. Jamás había sido una hormiga crédula y nunca ofreció certidumbre a los rumores. Para ella, los rumores pertenecían al ámbito de la especulación mudable. Sin embargo, la Piedra Cónica estaba ahí y ese hecho no podía ser opinado.

Transitaba por una galería secundaria, como era costumbre en ella. A pesar de ello, hormigas, de vez en cuando, se cruzaban en su ruta: pequeñas columnas de obreras ocupadas en tareas no demasiado importantes. Un mundo tranquilo el del hormiguero, se dijo. Me gusta, ésta es mi casa y desearía que para siempre lo fuera. No simpatizaba con la perpetua inmovilidad en la armonía de la Tierra. Se declaraba a favor de los cambios, cambios que siempre, en cualquier circunstancia, suponían crecimiento y desarrollo. Sin considerarse a sí misma apóstol de estas tesis, era consciente de que su comportamiento errabundo trastocaba leves parámetros en la configuración del hormiguero. Defendía el derecho de todas a definir, por sus propios medios, qué era la Tierra.

Pero la sospecha de que podía existir algo externo, el Animal Misterioso, que se hacía cargo de esta definición y la ampliaba hasta tal punto de hacerla suya, de gobernarla más allá de todo control por parte de las hormigas, la desasosegaba profundamente. No, no le gustaba la idea. Miró a las obreras que se cruzaban en su camino. Las observó con fijeza tratando de desentrañar sus pensamientos, sus creencias, si las tenían, y el análisis que, de todo lo que le obsesionaba, ellas elaboraban. Alguna debió llegar a molestarse ante tanta insistencia en el sostenimiento de las miradas. ¿Quién era aquella maleducada

que se atrevía a escudriñar en el interior de sus ojos? ¿Acaso nadie le había explicado que las miradas prolongadas e insistentes son de muy mal gusto?

La hormiga viajera tardó en caer en la cuenta. Ya las demás le devolvían expresiones crispadas cuando decidió que aquél no era modo de comportarse. Se sentó y posó la vista en un punto neutro de la pared del túnel. No podía seguir comportándose así. La iban a tomar por loca. Tranquilidad, se dijo. Sosiégate y centra tus pensamientos. Desbroza aquellos que nada sensato proveen y sumérgete en los que ahondan en el sentido común.

Al menos, aún era capaz de recordar algunos preceptos que le habían sido inculcados cuando era una cría. El sentido común, decían, guía los criterios de las hormigas. Los últimos acontecimientos habían supuesto mermas importantes en su capacidad para discernir. Demasiados descubrimientos y demasiados presupuestos en torno a ellos. Debía resumir y tratar de alcanzar posiciones certeras desde las que abordar un análisis sensato de todo lo demás. ¿Qué sabía?

Sabía que existía una roca de dimensiones considerables y talla inteligente que no era obra de su comunidad. Sabía que algo o alguien la había enterrado en el hormiguero con intenciones desconocidas. Sabía que existían hormigas que trazaban creencias en torno a ello: algunas se concentraban en las emanaciones y otras en los orígenes. De todas ellas, estas últimas eran las más preocupantes, pues de su certidumbre se derivaban efectos inconcebibles.

Decidió que había llegado el momento de hacer buen uso del sentido común. No iba a negar la rotundidad de la presencia de la Piedra Cónica, pero tampoco iba a construir teorías que fueran más allá de lo obvio: estaba allí pero desconocía las causas. En consecuencia, no tenía

sentido creer en la existencia del Animal Misterioso. Se trataba de un rumor infundado, tan sólo de un rumor vago e impreciso. No creería en él. No, puesto que nada lo apoyaba. Se sonrió cuando, en la cripta, las hormigas que la visitaron y se situaron bajo el vértice de la roca invertida, declararon, mediante sus actos, fe en lo impreciso y convencimiento ante lo banal. Se sonreiría ahora cuando alguien le hablase del Animal Misterioso. No existía hasta que, de forma taxativa fuera demostrada su acción sobre el hormiguero.

A pesar de todo, no dejaba de sentir curiosidad por las que, como ella, practicaban la heterodoxia. Las hormigas centro del rumor que tanto la había desasosegado, esas mismas que rendían culto a la figura del animal en el que había decidido no creer, ejercían una atracción insólita sobre ella. Ciertamente, jamás se había sentido así. No iba a desdecirse de lo resuelto pero, ¿merecería la pena tratar de hallarlas y saber de primera mano cómo pensaban, por qué creían y, sobre todo, en qué dirección encaminaban sus certezas? No lo dudó, no lo dudó un solo instante. Debía encontrarlas y contemplarlas con sus propios ojos. Ellas eran hormiguero, lo eran en idéntica medida que el resto, de modo que, ¿por qué el plano que estaba trazando no había de pasar también por sus dominios? De acuerdo, la excusa era frágil, pero suficiente. No requería más. Debía aplacar su inmensa curiosidad, necesitaba observar con sus propios ojos a aquellas que, aunque erradas en sus precisiones, marcaban los nuevos tiempos del hormiguero. El origen de la Tierra impreso en los atavismos heredados estaba siendo puesto en cuestión. Aún tenía preguntas sin respuesta y, aunque intuía que a nadie se las podría formular, sí ambicionaba poder ver y aprender de lo visto. Ése será mi único afán, se prometió. No interferiré ni permitiré que criterios impropiedades

hagan mella en mí. Pero deseo verlas con toda mi alma. Sí, lo deseo. Las que han decidido crear una nueva noción de origen para esto que somos, son seres sorprendentes, heréticos, perturbadores y, en conclusión, maravillosos. Y, además, son hormigas.